visitado esta isla, hubiese dicho una palabra de Tule, no obstante que mencionaban otras agrupadas á su derredor. Así es que él concluyó por opinar, que el límite de la tierra habitada estaba un poco al Occidente, esto es, en Irlanda, cuyos habitantes, dice, eran completamente salvajes, y más allá de la cual no señalaban ninguna otra los exploradores de ese tiempo.

XI

La Ultima Tule en la Atlántida.—Tradiciones.—Etimología.—Poblaciones con ese nombre en el Occidente de Europa.—Idem en el centro de la América.

Si, por una parte, el país indeterminado á que el explorador marsellés pretendió aplicar el nombre de Tule, no se ha podido encontrar, ni ha existido donde ha sido buscado, por otra aparece indudable que hubo realmente uno en diferente región de la tierra, que llevó ese mismo nombre, que estuvo en cierto tiempo en los límites del orbe conocido, y cuyos vestigios se han perdido en el propio sitio que ocupaba. Pero ese país, á pesar de su desaparición, ha dejado pruebas evidentes de su positiva existencia: 1º, en los recuerdos vagos, desorientados, pero firmes y persistentes, que han movido á los sabios á buscarlo en las más retiradas comarcas, por no poder presumir su hallazgo en una isla sepultada en las profundidades del Atlántico desde remotísimos siglos; 2º, en la tradición de las razas que de allí partieron para otras tierras; y 3º, en los nombres de los lugares por donde ellas peregrinaron y resultan idénticos en sonido, etimología y significación al primitivo de que eran imitación y recuerdo.

Ese extravío en la investigación referida se explica satisfactoriamente. Tule, situada en la Atlántida, como trataré de demostrarlo más adelante, debió ser considerada como la última tierra hacia Occidente por los navegantes fenicios, que saliendo á expedicionar por las aguas del Grande Océano, llegaron alguna vez á visitarla. Con la sumersión de la segunda, desapareció

también la primera, y casi por completo la memoria de ambas, que sólo ha venido á reconstruirse por los estudios históricos modernos. Consecuencia forzosa de este suceso debió ser, que desde entonces ya no pudiera precisarse su verdadera ubicación, que se borraba más y más de la memoria de los hombres á medida que el tiempo transcurría. Por ese rumbo no quedaban ya como última tierra más que las Columnas de Hércules con su inscripción emblemática y significativa de *non plus ultra*, pero nunca se acreditaron ellas como la última Tule. Era preciso buscarla más lejos, y prosiguiéndose las investigaciones sucesivamente del Oeste al Norte, desde las islas Azores hasta la de Bretaña y sus adyacentes septentrionales, y de allí á la Islandia, Dinamarca y Noruega, rondaron así por un cuarto de círculo completo, pero siempre sin éxito cumplido.

En cuanto á las tradiciones, algunas son tan claras como terminantes y de una autenticidad irrecusable. Donnelly, en su obra La Atlántida, parte 1ª, capítulo 5º, refiriéndose al Popol Vuh, libro sagrado de la nación quiché, que habitaba una parte de la América Central, trae lo siguiente: "El Popol Vuh nos dice, que después de las emigraciones de Aztlan, tres hijos del rey de los quichés, á la muerte de su padre, determinaron ir, como sus padres habían ordenado, al Este, en las costas del mar de donde sus padres habían venido, á recibir la autoridad real, diciendo adiós á sus hermanos y amigos y prometiendo volver. Sin duda pasaron el mar, cuando fueron al Este á recibir la autoridad. Ahora, este es el nombre del señor ó monarca del pueblo del Este á donde fueron. Y cuando llegaron al Señor Nacxit, nombre del gran señor, único juez, cuyo poder es sin límites, hé aquí que él les concedió la investidura de la autoridad real, con todo lo que la representa y sus insignias, todo lo cual trajeron ellos á su regreso y fueron á recibir del otro lado del mar, el arte de pintar de *Tolan*, un sistema de escribir, dicen ellos, para recordar las cosas en sus historias."

Esta tradición nos da noticias bien importantes, esto es: que la influencia y dominación de los reyes atlantes, originarios de

Aztlan, al otro lado del mar, donde mismo se reputa situada la Atlántida, se extendía hasta la América, lo que confirma plenamente el dicho de los sacerdotes egipcios: que la civilización de los quichés era un reflejo de la de la Atlántida, y que Tolan era una población de esta isla, á donde iban reyes tributarios en busca de instrucción y de poder. Por estas circunstancias hay lugar á presumir que dicha población era la capital, presunción que se robustece con el hecho, antes ya explicado, de que el asiento de los reyes atlánticos era un valle bien regado y sumamente fértil, donde pudo prosperar la planta acuática llamada tule, de la que procede Tulan ó Tolan, como se explicará más adelante. Sea de esto lo que fuere, Tulan estaba en la Atlántida, y sumergida ésta, debió arrastrar en su propia desgracia á la otra, que es el concepto que más directamente se refiere á nuestro propósito.

Brasseur de Bourbourg, en su Introducción y comentario al Libro Sagrado que se acaba de citar, dice lo siguiente: "Un gran número de tradiciones indígenas hacen también salir de Tula la raza nahuatl, y á este respecto veamos lo que dice el Manuscrito Cakchiquel: *Cuatro personas vinieron de Tulan;* DEL LADO EN QUE EL SOL SE LEVANTA, ES UNA TULAN. *Hay otra en Xibalbay, y otra donde el sol se pone, y es la que vimos, y del lado donde el sol se pone hay otra donde está el dios: así es que hay cuatro Tulan; y allí donde el sol se pone venimos á Tulan,* DEL OTRO LADO DEL MAR EN QUE ESTÁ TULAN, Y ALLÍ ES DONDE HEMOS SIDO CONCEBIDOS Y ENGENDRADOS *por nuestras madres y nuestros padres.*" Se ve, por esto, que entre esas cuatro Tulan había una en el Oriente, del otro lado del mar, origen probablemente, dice Brasseur, de las otras tres existentes en el Nuevo Mundo; pero también había otra en el Poniente, fundada por los toltecas, quienes, destruído su imperio, consta por la historia que pasaron en gran parte á la América Central, donde por la propensión de la raza á las recordaciones geográficas, es probable que hayan sido los fundadores de la Tulan de Xibalbay, respecto de la cual se hallaba en el rumbo indicado la anteriormente construída por ellos.

Además, preciso es saber, que no son únicamente tres, sino muchísimos otros más, esos nombres esparcidos por donde quiera que ha pasado la raza nahoa, y muy principalmente por donde se ha establecido, que fué en México y Centro-América.

Las tradiciones hacen á dicha raza originaria del Oriente; y si bien es cierto que algunas de ellas hablan del Norte, es porque viniendo los nahoas primeramente de aquel rumbo después de la ruina de su patria, atravesaron el continente americano hasta el Lago Salado ó sus inmediaciones, y de allí, torciendo al Sur y salvo algunas inflexiones en el camino, siguieron por punto general este rumbo, hasta llegar á las tierras del Anáhuac, habiendo hecho mansiones prolongadas en varios países del tránsito. Entre éstos se halla el de Culiacán, que se reputa la primera etapa de la peregrinación azteca, no porque así haya sido en realidad, sino porque su signo en el jeroglífico aparece en seguida del de la Atlántida, debido á que ambos puntos eran los datos históricos antiguos más precisos y más importantes en la narración hierática.

Las huellas geográficas dejadas por los atlantes así en Europa como en América, inducen á sostener el concepto que he expresado, que Tule estaba en la Atlántida. Pero antes de emprender esta demostración, es preciso ocuparse de la etimología y significación de la palabra Tulan, tan repetida en las tradiciones de que acabamos de hablar. Tulan, en el idioma nahoa ó azteca, pues á él pertenece y dicen entendidos filólogos que no tiene explicación etimológica en otro ninguno, es con toda propiedad *Tullan* ó *Tollan*, compuesto de *tollin*, tule, y de la posposición *tlan*, elidiéndose en la composición las dos letra finales del primero y las dos primeras de la segunda, y significando "cerca de donde hay tules," especie de juncos ó espadañas que abundan en terrenos de mucha humedad. La *o* y la *u* son letras comunmente substituibles en dicho idioma, y la *ll* no se pronuncia como en español, sino como doble *l*. Se comprende así fácilmente que *tollin*, tule, y *tollan*, lugar de tules, se hayan con-

vertido sin esfuerzo en *Tule* sencillamente, ó *Thule*, ó *Tula*, como se dice con frecuencia en español y en otros idiomas.

Es de advertir que los nahoas no sólo llamaban con tal nombre á los lugares en que veían prosperar esa planta. Eran, como he dicho, sumamente afectos á las recordaciones geográficas, y aunque en esto no hacían más que obedecer á una inclinación natural y común á todos los hombres, pues los actuales europeos también han transladado á América los nombres de Guadalajara, Durango, Mérida, Valladolid, Corinto, Roma, Nueva España, Nueva York y otros muchos del antiguo mundo, pero esa propensión era en ellos especial y persistente, debida quizá á la bondad legendaria de la patria que se habían visto obligados á abandonar. Así es que daban frecuentemente á las poblaciones que construían, los mismos nombres de otras en que anteriormente habían vivido y que habían dejado después en sus diferentes trasmigraciones. Varios ejemplos existen de esta costumbre indígena, y entre ellos no es el menos notable, ni el más ajeno de nuestro propósito, el de la misma Tollan ó Tula, en el actual Estado de Hidalgo, antigua capital del imperio de los toltecas, fundada casi á raíz de la llegada de esta inteligente tribu á las tierras altas de México, y cuyo terreno, según he sabido, no produce el tule, llevando esa denominación solamente en memoria de una antigua patria, ya perdida, pero no olvidada completamente.

Esa raza orgullosa y atrevida que, cruzando el océano, había avasallado casi todas las naciones sentadas á las márgenes del Mediterráneo, derrotada al fin en su última empresa de conquista por el pueblo de Atenas, comenzó desde entonces á experimentar las más tremendas adversidades. En breve sufrió una inundación que la hizo desaparecer de la haz de la tierra en su patria de origen, y en seguida sus colonias en el continente fueron sucesivamente arrolladas por el oleaje invasor de otras razas. La que bajo el nombre de iberos ocupó la España y la región meridional de la Galia, parece que fué su último resto y ha dejado allí algunos nombres geográficos, que respetados por

edades sesenta veces seculares, se mantienen en pie para dar testimonio de uno de tantos poderíos ya fenecidos, y de un origen cuya memoria ha estado á punto de perderse en la historia de la humanidad. Esos nombres son los siguientes.

Existen en Francia dos poblaciones conocidas con la histórica denominación ya expresada. La una es *Tulle*, que se halla en la antigua provincia del Bajo Limosin, actual departamento del Corréze, del que es capital. La otra es *Toul*, capital de los leucos en la provincia de Lorena, que era el *Tullum* de los romanos. Además, *Toulon*, *Toulouse* y *Touloubre*, en el Sur del territorio francés, parecen tener la misma procedencia. En Guipúzcoa, provincia del Norte de España, existe otra ciudad llamada *Tolosa*. Pero la población que en este último reino se halla atestiguando con más evidencia la dominación procedente de la *Tollan* atlántica, es *Toledo*, ciudad antiquísima, cuya fundación no alcanza á narrar la historia y cuyo nombre no tiene una etimología cumplida y satisfactoria más que en la lengua de los nahoas ó atlantes. Los nombres latinos terminados con la partícula *etum* significan lugar en que abundan las cosas representadas por ellos, y de esa partícula terminal se ha derivado, con igual significación, la que llevan los españoles en *edo* ó *eda*. De esto pueden aducirse muchísimos ejemplos, entre los cuales sólo citaré los siguientes: avellaneda, lugar de avellanos, es *coryletum;* cañedo, lugar de cañas, cañaveral, *cannetum;* castañeda, castañar, *castanetum;* olmedo, *ulmetum;* saucedo, *salicetum*; pineda, pinar, *pinetum;* viñedo, *vinetum;* y del mismo modo, Toledo, lugar de tules (*tollin* en idioma nahoa). *Toletum*. La etimología del último nombre es perfecta, ya sea que éste se haga venir directamente de *tollin*, ya de *Tollan*, uno de tantos recuerdos geográficos sembrados por los atlantes y latinizado por los romanos, conquistadores de la antigua Iberia. Sería una casualidad sorprendente, que todos los dichos nombres se acumulasen sólo en las regiones en que dominaron los iberos, descendientes de los atlantes en el continente europeo.

Pero no tanto en Europa, combatida de muy antiguo, como

he dicho en otro lugar, por las irrupciones asoladoras de unos pueblos sobre otros, antes que se constituyesen los actuales estados permanentes; no tanto en Europa, digo, cuanto en América, es donde han quedado y deben buscarse los nombres geográficos tan significativos que en gran número venía esparciendo la raza nahoa en su tránsito y que recuerdan la Tollan ó Tule primitiva de la no bien olvidada Atlántida. Yo no he tenido tiempo ni elementos para hacer un registro completo de la geografía de los Estados de la República Mexicana y de otros países comarcanos, pero he recogido, en cuanto me ha sido dable, una nómina copiosa de los lugares de algunos de ellos que llevan el nombre sobredicho, ya sencillamente, ya en composición con algún otro.

Desde luego aparece en la Alta California, entre San Francisco y los Angeles, el lago *Tulares*, nombre que no es de origen español ni inglés, idiomas que se han hablado allí sucesivamente desde la conquista de ese país, y que por lo dicho es de filiación nahoa. En el Territorio de la Baja California hay una población *Tule;* en el Estado de Sinaloa se registran á lo menos cinco; en el de Oaxaca, dos; en el de México, uno; en el de Aguascalientes, otro. Poblaciones con el nombre de *Tula*, corrupción de *Tollan*, existen: en el Estado de Jalisco, una; en el de Tamaulipas, otra; en el Distrito Federal, tambien otra; en el Estado de Hidalgo, tres. Multitud de nombres geográficos compuestos con el ya expresado, abundan también en varias regiones de la tierra mexicana, entre ellos: *Tulancingo*, que significa *Tollan* la menor ó pequeña, primer asiento de los toltecas al llegar al país de Anáhuac; *Tultengo*, que significa á orillas de los tules; *Tultenango*, cerco ó pared de tules; *Tultitlan* y *Tultita*, cerca de los tules, ó también de los toltecas; *Tulixtlahuaca*, llano de los tules; *Tultepec*, cerca del tule; *Tulantongo*, que propiamente es *Tulantonco*, Tollan la pequeña; *Tulpan*, sobre los tules; *Toliman* y *Tolman*, donde se cogen tules; *Tolpetlac*, lugar de petacas de tule, etc., etc.

Después de lo que va dicho, y con lo cual se demuestra que

la última Tule no estaba al Norte, sino al Occidente de Europa y al Oriente de América, en esa isla situada en medio del océano; allí donde se reclinaba la ilustrada Tollan, la que visitaban los reyes centro-americanos para traer á su patria el arte de escribir y para obtener las prerrogativas de la autoridad soberana; allí de donde se desprendió la más terrible invasión que acaso ha sufrido el continente europeo, dejando en él las reminiscencias, ahora ya casi extintas, de la Atlántida y de la Tollan occidental; allí, en ese cuasi-continente, que después de haber sido el teatro del desastre más grande que registran los siglos, sirvió de punto de partida á la peregrinación de la más heróica de las razas americanas, que en su tránsito y en su estancia definitiva dejó el suelo regado con poblaciones que le traían á la memoria su antigua mansión, la Atlatlan y la Tollan de Oriente; después de todo eso que va demostrado, ¿cómo podrá haber quienes busquen todavía una Tule incierta, improbable y aun fantástica en Islandia y otras regiones comarcanas?

Vosotros, oh europeos, no imagináis esa última tierra donde realmente estaba, porque ya no existe, porque ha escapado á la vista del hombre como por arte de prestidigitación. Nosotros, los americanos, consultando las tradiciones más constantes de los pueblos del Nuevo Mundo, y rastreando los pasos de nuestros ascendientes, que al salir de su patria para conquistar ó establecerse en otros países, nos han dejado en sus huellas un hilo como el de Ariadna para salir del laberinto de nuestras dudas, nosotros percibimos en cierto modo su presencia impalpable en medio de un mar solitario, en otro tiempo espléndida mansión de hombres felices, y exclamamos: ¡Allí fué la Atlántida! ¡Allí fué la Ultima Tule!

Mé xico, Septiembre de 1895.

EUSTAQUIO BUELNA.

ÍNDICE.

		Pág.
	Extracto de la exposición titulada "La Atlántida y la Ultima Tule."	III
I.	El Relato de Platón	1
II.	Cómo se fundó el gobierno de la Atlántida. —Etimología de la palabra.—Su conformidad con el jeroglífico de la peregrinación azteca.—Chicomoztoc	5
III.	Extensión é influjo del imperio atlántico.—Huellas geográficas y lingüísticas en Europa.—Huellas geográficas y lingüísticas en América	10
IV.	Tradiciones sobre la existencia de la Atlántida	14
V.	La Atlántida más grande que el Asia y la Libia.—En qué sentido debe entenderse este concepto.—Confírmase por los fenómenos geológicos y físicos observados.—Extensión calculada de la isla	18
VI.	Dos islas en una.—Su extraordinaria fertilidad.—Nahuatlan.—El salvamento en la isla central	22
VII.	¿Por qué entre los egipcios se conservó la memoria de los sucesos de la Atlántida, y no entre los griegos?	24
VIII.	Epoca de los sucesos de la Atlántida.—Cómo deben computarse los 9,000 años de Platón.—Acontecimientos concordantes	26
IX.	Ejemplos de cataclismos semajentes al de la Atlantida	31
X.	Tule, la última tierra.—Errores acerca de este punto.—No existió en Europa	34
XI.	La Ultima Tule en la Atlántida.—Tradiciones.—Etimología.—Poblaciones con ese nombre en el Occidente de Europa.—Idem en el centro de la América	41